

Otro futuro o nada



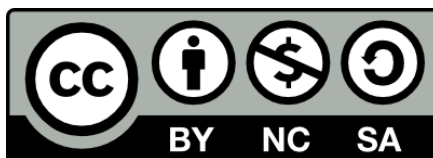
RUBÉN DARÍO CARRERO



Comité editorial:

Néstor Mendoza
Geraudí González Olivares
Cristian Garzón

Rubén Darío Carrero
Otro futuro o nada



Esta edición se realiza bajo la Licencia Creative Commons.
Incentivamos la difusión total o parcial del contenido de este libro
por los medios que la astucia, la imaginación y la técnica
permitan, siempre y cuando se mencionen
las fuentes y se realice sin fines de lucro.

Diagramación: El Taller Blanco Ediciones
Contacto: eltallerblancoed@gmail.com
Imagen de portada: Escena de arte marcial del Londres victoriano
Impreso en Bogotá, Colombia, abril de 2020

Rubén Darío Carrero

Otro futuro o nada



El Taller **Blanco**

COLECCIÓN *Voz Aislada*

*«Sí, hay que recordar hacia mañana».
Un viejo, hace 4 o 5 años. (Con sigilo).*

ESCRIBO

Si el oído comienza a hablar de mi pasado, escribo
o imagino que nada tiene nombre, ni siquiera la ira.

Allí estoy, en mi voz, la chillona, contando una historia
a todos aquellos que aparecen en mis sueños.

Escribo sobre lo que escribo.
Todavía no sé si escribo con palabras o sonidos.

Es como si jamás hubiera existido el título de ese libro, el mal,
los duraznos,
el abecedario. *Escucha de nuevo: Es mentira que todo tiene sentido.*

SUPERSTICIÓN

Todo en la vida es adivinar, imitar o mirar
la terrible ausencia de las cosas
y sus tentativas.
Mejor lo explica la oscuridad y la vigilia:
Todo va a suceder, sin querer.

Es una superstición, eso de caminar
e imaginar
la permanencia, las versiones de lo visible.

Los detalles sin importancia van a triunfar.

Luego sucede, escuchas un himno,
el himno de los accidentes bajo el sol
y el sonido de reja en los pasillos del aire.

Es como un templo abandonado cerca de tu casa.
No es la primera vez que digo cosas insignificantes.
Tiempo al tiempo. Es como la vida, se intensifica con los días.

El silencio fue hecho para esto, para vivir, para caminar.
El andar lento es una manera de callar.
En ese andar, en ese olvido,
luchan el celaje y el recuerdo
confiados en su mimetismo.

Este tipo de superstición solo es un aire intranquilo.
Hablo de ese tipo de hombres que tienen amuletos.

No es igual cuando me paro a contemplar mi estado:

Si intento adivinar con la mirada

o con palabras
(por ejemplo: decir templo en vez de decir palmera)
comienzo a dudar de los días,
de las cosas, de lo habitual (de lo amuletos)
y la realidad invisible y pesada
me ataca (esta es mi superstición diaria)
y puedo ver la crisis de los hechos
arrancada de mi cuerpo.

Despierto sobresaltado de ese sueño
con las sienes enrolladas en el cuello
y mis ojos abiertos, sedientos, naturales,
increíbles,
flotando en la oscuridad preguntona de las cosas,
buscando el borde de la mesita de noche.

Todo va a suceder, sin querer.

Tanteo y busco la nada en el efecto de las pastillas rosadas.

Es como el fin del mundo,
como la lámpara, los lentes y el libro de las horas.
La luz se enciende y el vaso de agua cae
despedazado sobre la baldosa fría de la madrugada.

EL OÍDO FANTASMA

El sinsabor del oído sería incomprendible
si no fuera por el cadáver que seremos
algún día
en la boca de todos los amigos.

EL TAMBOR HECHO CON MIS MANOS

Alguien me dice que estoy equivocado
e inmediatamente aparece
en todos los recuerdos de mi vida
la imagen del tambor hecho con mis manos.
Es el destino que quiere decirme
confía en el pasado.
El azar sagrado de mis pasos
sigue
el repique del tambor.
Es lo único que sé: Cuando acepte la vida tal cual como es
será un banquete con el silencio de la pregunta.
Mientras tanto, el presente es una pérdida de tiempo.
Salgo de casa y voy a *Pizza Mía*. Aquí, tantos recuerdos.
Hoy, antes, ahora, en este instante, pido un café
porque hoy pienso emborracharme con mis gestos
como si regresara de la tumba de mi padre.
Nadie atiende mi mesa. Pasa el pasado muy rápido.
La pizzería desaparece porque ya no quiero estar aquí.
Puedo ver mi tristeza y la fatiga del mesonero
cuando pido un batido de fresas
y una pizza con anchoas.
Solo los hombres perdidos pueden viajar en el tiempo.
Estoy solo con el frasco de los mondadientes,
los platos, los tenedores, los cuchillos, los vasos,
el ruido de las manos sucias a lo lejos,
el logo inolvidable de la bolsita del azúcar:
Capitolina, Rómulo y Remo.
El mesonero se acerca y me pregunta qué quiero.
Estoy equivocado y al parecer es para siempre.
Empiezo a escuchar el tambor, y mis manos quietas
no saben nada sobre el blanco iconoclasta de la servilleta.

SOBRE LA VIDA

Se repiten las mismas palabras sobre la vida:

«Tercera dimensión», «cotidianidad», «indiferencia», «espectáculo»,
«espectador».

Eso que no se puede ver, la inercia viva de las cosas.

En los sueños me pregunto lo mismo: ¿Cómo salimos de esto?

Solo queda el habla, lo sensorial, el sonido imperceptible del instinto,
lo único que nos puede salvar
de lo inevitable, del dictado, de los finales,
de las falsas oportunidades.

Siempre ha sido así en toda la historia de la humanidad:

Las consonantes vienen del pasado
con las pausas necesarias
para formar un sonido con los labios
en el rumor de las vocales
y el bis de los dramáticos
haciéndose en la eternidad del «pero».

Hablar:

Esta es la única manera de interrumpir el dictado del futuro
y volver al lenguaje de la fábula
y amar el amor de las palabras
a las cosas, a las cosas, a las cosas,
mi amor, te digo, el comienzo del amor
es el amor a las cosas.

LOS SALTOS DEL TIEMPO

I

La locura son gestos razonables que cualquiera puede imitar.
Estoy sentado frente a estas personas (los pacientes de los días jueves),
dialogando con el presente (el pasado en mi mente) y siempre
es lo mismo:

El futuro sin habitaciones, el silencio y sus opiniones,
el instante o eso que el enemigo ciego llama «coincidencias»,
a tuestas, a secas.

Escucho el sonido secreto de lo innombrable, su monotonía,
las trivialidades
y las pausas del tiempo mitad enero, mitad febrero.

El neurólogo aprieta sus labios y llama a mis pensamientos
saltos del tiempo.
¿Dónde va este recuerdo si todo lo que dice la voz sigilosa es cierto?
Mis seres amados dicen que los pensamientos son coincidencias
eternas.

II

En el Rincón de los Toros, el edificio azul de ladrillos donde
se conocieron mis padres,
el tiempo es llano hasta el quinto piso rodeado de puertas
entreabiertas.

Allí voy a curarme de esta perversa paciencia azuzada
por los recuerdos.

La gente va y viene por los pasillos incólumes y tranquilos mirando
al piso,
la puerta eléctrica funciona si el que entra o sale cuenta una historia
y los pastores de instantes en los ascensores
van y vienen buscando la bisagra de los alrededores.

El consultorio abre sus puertas al mediodía cuando llega
la recepcionista
con su vestido de flores ceñido al cuerpo interrumpiendo
con vehemencia
la incesante imperfección de la espera.

Mientras esperas se puede ver el silencio
agitado por los espejismos de la mirada fija.
Todavía trato de corregir
las consecuencias de mis fantasías.

III

El discurso desaforado de la memoria describe los hechos
sin los adioses al siglo XX.

«Los hechos», así llamas al miedo cuando le hablas al espejo.
Es un hecho que estoy aquí viendo mis manos
en este espejo veloz que es la realidad
y mi cuerpo espera su turno como un aplauso.

Estos son los saltos del tiempo en mis pensamientos.
Todo permanece igual en la sala de espera
y en la boda de la sombra y la persiana.

IV

El niño autista reparte turnos imaginarios entre los pacientes
y como islas o bocinas en el océano de la mano
aparecen, flotando, pedacitos de papel, esbozos de un mapa del tesoro,
pentagramas, segundos, el ritmo y la rima de esta historia,
inicios, garabatos, vocales, dibujos maravillosos, notas musicales,
rayas, peces, estrellas, altares.

El niño autista me mira sonriendo y habla con mis pensamientos:
«Tus gestos tiemblan como conejos».
A manera de cuento, verso o cierto tipo de terapia,
yo cambio la frase del niño para escribir (exactamente lo mismo,
con otro sonido):
«Todos somos un conejo como el color de la máquina del tiempo».

La blancura indecible y tibia es un instante
incesante
y me digo
todos esperan su turno como una metáfora.

V

Mi turno es el turno del recuerdo, la ambigüedad desolada,
la estática de las postergaciones, el color de la alucinación apagada.

Los acompañantes de los pacientes fingen leer revistas del revistero.

Es su turno, dice la recepcionista, y pienso en aquel patio en 1996:
Un grupo de niños persiguiendo una iguana a la hora del recreo
en una escuelita que parece la última palabra de mi vida
en mi lecho de muerte, sin piernas, en África
como el maniquí en las vitrinas de la calle Vargas
y en la realidad de mi mente, en la esquina de la panadería,
el salto elástico del león
al gato de la vecina que ronronea entre mis piernas.

Calma me aconseja el neurólogo, *deja de tomar café, deja de leer,
regresa a tu cuerpo, busca a esa mujer
(la que siempre aparece en tus radiografías),
la sonrisa en la panadería, y háblale, simpático,
parroquiano, amoroso.*
*Al amar verás el futuro como abrir y cerrar la mano.
Será el fin de tus cielos apagados.*

VI

Paradoja del lenguaje el diagnóstico del neurólogo.
Sus fantasías sobre mis fantasías: Mandarinas apiñadas.
Piensas con las palabras... Saltos del tiempo en las palabras,
dice el neurólogo.

VII

La observación de mi madre: el encierro y eso de hablar solo.
Madre, el encierro viene, pasa, regresa,
pero no es un círculo, es la soledad de la coherencia,
la luz en el cielo, los hechos, las cosas, el tiempo.
Así pasan los días en este siglo XIX que es mi vida.
Mi enfermedad, madre, no son frases hechas.
En todo caso, es el dictado de la casa, el ruido,
la falsificación, el seibó, algunas otras palabras.

¿Será el silencio la contradicción que necesito para curarme, madre?
«No, hijo, no es así, lo que pasa es que piensas con los recuerdos».

Mis pensamientos cesan y una pausa inverosímil abre la última escena.
Lo he visto y siempre lo he sentido: el futuro es otro recuerdo.
Las palabras finales del neurólogo viajan en el tiempo:
—Repíte conmigo: Debo pensar menos.
—Debo pensar menos.
—No escucharé conversaciones ajenas.
—No escucharé conversaciones ajenas.
—Acepto el mandato de lo que sucede.
—Acepto el mandato de lo que sucede.
—No todo en el mundo es un niño cruzando la calle.
—Ese niño toma la mano de su padre.

CORRUPTO

La mujer que me espera en la mesa piensa que ya puede sonreír.
Sonríe y quiere saber de mi pasado.
Secretos, los llama, y vuelve a sonreír, estúpida y despótica.
Solo pienso en el púrpura oscuro y sin ventilador
en la fuerza de mis venas secas
abriéndole los ojos y los pliegues de sus muslos.
Siento que la amo porque es gorda y vieja.
El daño ha inventado otra belleza.
Le avergüenza su cuerpo y conjuga mal algunas palabras.
(¿Es el amor una excepción real, perfecta, legítima
o la duda primeriza de mis manos
entre la ausencia y la simulación?).

Vuelvo a la mesa y ella todavía habla de sus recuerdos.
La imagino desnuda y sonriendo.
Amo sus gestos de niña ciega,
pobre vieja gorda sin caderas.

En el terreno abandonado del país sin viento,
el juez de la causa estaciona su carro dorado.
Su secretaria, en el restaurant, cerca del tribunal,
pide más secretos y una ración de pan con ajo.
El juez imagina su despedida y estrecha mi mano.
La palabra corrupto no existe en la luz tenue de las velas.
El mesonero incluso se disculpa porque derramó
agua en el sobre sellado.
En este preciso momento la elegancia es el azar.
En el infierno la cortesía es el giro de la tierra.
En la tierra ya no existen los delitos y las penas.
Nos condenarían para siempre a la risa estúpida de la secretaria
si nos descubrieran.

RUTINA

Siempre dicen lo mismo: Un hombre sin rutina no tiene destino.

—¿Estas frases fueron alguna vez

canciones de cuna

y se convirtieron en certezas, diarias, cotidianas,

o es el sentido común que todo lo ambiciona

y hace mejor a las personas

sin canciones, sin poemas, sin historias?—.

Estoy perdido: Nunca he tenido una rutina en mi vida.

Ni siquiera cuando fui a Egipto, con mi madre, terca,

cínica, desdichada. Éramos solo un hombre y una mujer

embelesados con el aura de los siglos y los postres al amanecer.

Me lo dijo mi madre ese día frente a Keops, Kefren y Micerinos:

Tú sigues siendo el mismo que llora por nada.

Siempre he sido ese niño que nunca tendía la cama

y mis sábanas todavía huelen a orina enamorada

en la cama húmeda de sexo

del hombre soltero

que va a la casa budista de los surcoreanos

en la calle Coromoto

por un poco de conversación, acupuntura, yogurt,

paradojas, nueces y yoga.

Son las cuatro de la madrugada

y mi madre trae una taza de arroz con leche

caliente, sensata, increíble como la arcilla entre mis manos

para mi última tarea inmemorial, Las pirámides de Egipto

hechas con arena de la Bahía de Cata, cartulina, una baldosa

chueca de la cocina

y un alfiler para precisar los detalles.

La última tarea en mi cuaderno de Historia Universal.

Han pasado todos estos años y tengo un consuelo,
una rutina, dirían algunos:

Nunca entiendo nada de lo que está sucediendo.

Por las noches veo *Los tres chiflados*
en blanco y negro.

SOMBROSO

iSer!... iUniversal oído!

PAUL VALÉRY

Un hombre pasa frente a mi mesa y le dice a su mujer
esto no lo aguanta nadie, y nadie hace nada,
es asombroso.

El sonido o la sílaba apenas cambian la imagen.
Es el mismo destino la indiferencia o el error.
Recordar es mirar. Si recordamos, casi nunca sabemos escuchar.

Recordar lo suficiente para vivir como siempre.

Los novios por fin se sientan y esperan
al esclavo que solo habla cantonés.
Sirven comida china y es como una enramada sobre la mesa.
Hablan del color agridulce del arroz y de la salsa inglesa.
La luz alarga la sombra verde de sus cabezas.

Esto no lo aguanta nadie, y nadie hace nada,
es asombroso.

Tú, futuro lector, escuchas mal: «...Sombroso».

Piensas en voz alta: «esto no lo aguanta nadie, y nadie hace nada, es...
Sombroso».

(Escuchar también es recordar).

Futuro lector,

tú imaginas la sombra de un árbol.

Tú imaginas otro poema con una efe en el ojo del pájaro sonámbulo:

«La luz de la mañana desaparece silenciosa
y en el árbol sombroso aparece la noche».

CRISTAL Y NÍQUEL

En el funeral tuve una epifanía:
El asesino es el bedel del centro comercial.
Es aquel hombre delgado, pómulos y dientes ilesos,
la frente pequeña y la mirada parcial
con el miedo articulado en los huesos.

El disparo derrama la bilis dormida del corazón.
En la funeraria todos ríen porque el ataúd es pequeño.
César siempre fue el más alto en el patio del liceo.

Escucho, imagino, algunos sonidos antiguos.
¿Estoy vivo por mis plegarias de niño?

Mejor es recordar, creer y hablar con los muertos,
con sus ojos cerrados
esperando el milagro y se levanten
en el templo ridículo de la imaginación.

— ¿Recuerdas la clase de biología en el liceo Agustín Codazzi?
El sapo, la cucaracha, la lombriz
y yo, como siempre en la clase de biología,
sentado a tu lado
haciendo la tarea de castellano
copiando tus respuestas
correctas e incorrectas
como si fuera la realidad del lenguaje.

La vida, la repetición, la ironía
y el espacio de los verbos en blanco.

Aquellas preguntas son tan ingenuas como todas las imágenes.
Nadie recuerda cómo y cuándo termina la fantasía del Quijote,
el día, el futuro, la amistad, la risa.

Reímos recordando aquellos días
bebiendo cerveza después del entierro
y la mirada fija en las caderas de Diana García
y su falda cortica en la funeraria.
Todos somos culpables de tu muerte, César,
copiamos el peso atómico del cristal y el níquel
en la mano del abogado y el asesino.
Corruptos
nos llamó el profesor de química.

Demasiado jueves son todos los días.

La bala y la espera todavía te persiguen,
de madrugada, a pie, del cine hasta tu casa.
La bala, cruel, imprecisa, burlona,
persigue tu reloj de oro falso.
Veo el golpe de la bala en los ojos
arrancados en el grito del disparo.

¿César, el lenguaje existe después de la muerte?
¿Vas o vienes a tu lección de lengua muerta?
Postius eran vivus moriens tua mor ero, decía Lutero.

En el centro comercial las piscinas de pelotas están vivas como el cielo.
En la vitrina apagada de la perfumería los rostros desaparecen.
Nadie recuerda el título de aquella película y el triunfo
de los protagonistas
fue cubierto por la nieve.

«Give me your hand», le dijo la bala al cráneo.

A la mañana siguiente,
los bolsillos del pantalón de César florecen:

Su madre guarda el ticket de la entrada al cine
para siempre.
Es la vida sin el peso atómico del cristal y el níquel.

LA MIRADA DE LA MADRE

«Sin la presencia de la literatura, la muerte de un niño en cualquier parte del mundo no tendría más importancia que la de un animal en el matadero (Jean Ricardou)». La literatura DA SENTIDO a esta muerte, le da una razón de ser y, en una perspectiva lejana, la vence.

DANILO KIŠ

En el pasillo un ascensor abre sus puertas.
El hospital cerrado todo el día en la luz de una vela.
Las mujeres rezan arrodilladas en los rincones.

La enfermera miente a las dos de la madrugada
cuando el olor a basura es frío
y los niños sueñan con un grito.
Pasan las horas con los ojos cerrados
y el techo gotea y gotea.

No hay máscara de oxígeno; no hay máscara de padre.
Nadie sabe qué pasa en la sala de parto y en la mirada de la madre.

La cesárea todavía palpita en el ojo de la enfermera
y el armazón oxidado de la cama
patatea.

El piso pálido es una fuente muda que brota de la sombra.
El médico recibe órdenes de la oscuridad sin oficina.
El único futuro posible es el futuro del cielo.

HAMBRE

El día vuelve con el pan,
y con pocas palabras
sonrío, saludo al panadero.

¿Tú eres el cuerpo o la voz?

Cierro los ojos: veo el silencio de la calle
y los pasos desaparecen dos veces.

Anochece. Es ley.

Tercera ley: dos panes por persona.

Todos somos iguales. Las panaderías lo saben.

CHÉVERE

I

Pienso en la muerte, en los accidentes.
Tragedias, pienso.
Luego chévere, no ha pasado nada
y creo que amanece.

Amanece, creo
y pienso que estoy muerto.

Sin duda me muevo,
pero es el sol, dice el forense.
Es el sol que hace que se muevan
en medio de la calle hirviendo
se asan y se mueven
y tiemblan de miedo todavía
sus cuerpos dibujados
en el asfalto, con prisa.

Es el año dos mil quince en Venezuela,
el siglo XXI de los lunes,
martes, miércoles y jueves
con sus nombres en las lápidas:
Fabián, Nixon, César.

II

Cristianismo y cloro en la habitación oscura
donde visten a los muertos pegados a la sangre.

III

Los muchachos de bien dormidos en los matorrales.

«Asesinados por cara de caballo».
Las cinco palabras del periódico
y la foto en blanco y negro
con sus labios entreabiertos.
Sus grandes fosas nasales no son ollares.
¿Para qué llamar caballo a un monstruo?
Si es un hombre, llámalo hombre,
venas, nervio, mandíbula, sombra,
bípedo, mamífero, ídolo, idólatra.
Es un violador, un homicida,
un hombre llamado W.
con la nariz pegada a la muerte,
el bigote escaso y negro,
el labio leporino sediento.
Y los muchachos de bien dormidos en los matorrales.

IV

La rabia muda de los familiares
fue descrita por un periodista
en la página de sucesos:
«El padre tiene una expresión de niño lerdo».

El mensaje del muerto
fue dictado en medio de un trance
por un médium discípulo de Kardec:
*Muérete todos los días
hasta que aparezcas en la morgue despierto
dentro de una mosca
en el fondo de un baño negro.*

V

El médico forense escribió en su diario: «Dato curioso a las 3:15pm.
Imaginé que el occiso balbuceaba estas palabras:
Chévere, no ha pasado nada y creo que amanece».

VI

Los demás, solos, confiados, los inocentes,
solo quieren hablar y dormir en sus camas,
sanos, cultos y mentirosos
porque no tienen, no saben,
viven,
menos,
pero se mueven.

GANGRENA

Parece un domingo, todo está cerrado
y conversamos
para escuchar que estamos vivos.

Las conversaciones sobre Dios,
sobre el yogurt con aceitunas
y los dolores en la espalda
encerrados en la casa.

María Fernanda me mira y sonrío
con sus labios incurables por la diabetes
y el miedo a las manchas en las piernas.

Olvidamos a Dios y la parcialidad de sus ojos
la primera vez que conversamos sobre la gangrena.
«La insulina llegó ayer de Colombia». Así volvimos al lenguaje.
La frase palabrea como el sonido de una sílaba
y la pierna hormiguea como la mordida de un león.

Las conversaciones son el futuro
porque el mundo está en otra parte.
Las manchas desaparecen con el ungüento
de las farmacias en los mapas
porque aquí no pasa el día
y todo es una espera, un caballo, una encomienda.
Hoy tampoco llegan los barcos de Indonesia.

Conversar con María Fernanda es un día
con los pies sobre la tierra
y Dios sabe a yogurt en las conversaciones
sobre la gangrena.

EL CHISTE

La risa busca su silencio.
El cadáver, pan dulce,
es un amasijo caliente
o frío, no importa,
todos los días el cuerpo pesa lo mismo.

El cura olvidó el agua bendita
y la risa busca su silencio
en el borde de la copa.

El cadáver tiene el rostro del portugués que dice «amiguito».
Es la maestra, el recién nacido, el cínico, el indiferente,
el comediante y su programa de radio a las tres de la tarde.

Al fondo, detrás de las coronas de flores,
dicen que el país es una carrera de caballos.
Hablan de esto rodeados de auras y siglos.
Alguien se burla del color de la corbata de alguien.
Los ojos cerrados buscan el silencio y solo encuentran risas.
Escucho que cierran el ataúd.
«Lanzan el niño al techo... Si vuela es murciélago».
Así termina el chiste.

APLAUSOS

I

Eugenio Montejo, Alejandro de Humboldt y Jesús Soto
pintaban sus máscaras con las líneas del Orinoco.
Miraban y preguntaban.

Después desaparecieron como la carne y los huesos.

Miraban y preguntaban.

II

La estatua grandilocuente camina sobre los colores del mar
y nadie sabe si el blanco es blanco.
Aplausos y aplausos.

Aplausos y aplausos.

LA PROFANACIÓN DE LA TUMBA DE RÓMULO GALLEGOS

Lentamente la tumba se abre como madrugada caliente.

Ya es mediodía. Regreso a Venezuela.

Tumba de luz este pedazo de sol llamado país,
casa, hospital, funeraria,
la mujer más bella del mundo.

*Recuerdo que moriré y mi cuerpo en el pasado
todavía atrae a las moscas
en mi cama, aquel día,
un jueves, recuerdo.*

Rómulo Gallegos recuerda que morirá en el Hospital Central
de Maracay
con otro nombre, Albert
y con seis recién nacidos más.

*Recuerdo que moriré en la morgue, otra vez
en esta patria infame de negros,
indios, mulatos y un río de analogías.*

Los brujos del cementerio han robado sus zapatos
de caimán agusanado

y robarán sus huesos, sus entrañas
y sus dientes
apestosos todavía a la mudez de su cigarro
en el rito de la gallina viva y el silencio desplumado.

*Sólo le pido a Dios ábreme los ojos,
déjame ver el cuerpo
desnudo, hinchado de fe, arrogante e incomprensible*

*como esa tarde
con Isaac Pardo
a las afueras de un museo en un cuadro de Picasso.*

¿La muerte es una bolsa de plástico,
el reino de mil ojos, de los santos
o el grito de la hernia, la nuca o la muela?

¡Fondo bajo!

*Le pregunté al viejo brujo cuál sería mi destino
y él respondió
convertido en un espanto*

por ahora serás mi esclavo, mi amante.

Rómulo Gallegos duerme
y sueña con la misma muchedumbre.

EL TESORO Y LA TIERRA BALDÍA

Dormido siento que me miran.
Despierto asustado con los ojos cerrados.
Hablo dormido
y el hombre del sueño también habla,
grita.

El sueño revienta la cerradura,
la puerta, el ojo de la puerta,
las ventanas, la mesa.

Despierto y me pisan la espalda.
Vendan mis ojos con orina de luz amarga.

Las sombras de la rabia
preguntan dónde está el tesoro
y fingen que violan a mi hermana.
Todavía escucho la simulación de los violadores
y el ta-ta-ta de la pelvis y las nalgas.

Son las tres de la madrugada
y no es el cuerpo en la morgue dormido todavía. No. Sufro.
Todos están muertos, escucho.
Mátalo, mátalo, mátalo, dicen las sombras de la rabia.
¿Dónde está el tesoro?, gritan las entrañas de la espada.
(El tesoro que me ha sido entregado por despertar temprano,
por nacer con la intuición de todos los comienzos;
el tesoro por ir a la escuela con las uñas limpias,
el tesoro por amar a los dioses, por amar el trabajo vivo.
El tesoro por vivir enamorado de la costumbre).
¿Dónde está?, gritan. (El grito es una mano cortada).

Solo encontraron dinero, ropa y tecnología.

Luego me lanzaron a la soledad de la anatomía humana,
sin raza, sin patria, sin paisaje,
solo con mis huesos, orina en las heridas
y el cerebro sin gasas.

Todos los días amanezco desnudo en la tierra baldía
con semillas en la boca.

A lo lejos veo las sombras de la rabia
como el fuego
ardiendo
y bailando

con las palabras gigantes, rojas, mortales:

La muerte vive.

Y en mi corazón de gasa, sangre y pelo:

El tesoro que me ha sido entregado por despertar temprano,
por nacer con la intuición de todos los comienzos;

el tesoro por ir a la escuela con las uñas limpias,

el tesoro por amar a los dioses, por amar el trabajo vivo.

El tesoro por vivir enamorado de la costumbre.

OTRO FUTURO

Este otro futuro está entre nosotros.
Es la memoria
predecible, repetitiva,
iluminada por las palabras
y por el tiempo.

La mirada, otro pasado

*«Mi pasado está adelante porque lo veo;
mi futuro está atrás porque no lo veo».
(Lo escuché en una obra de teatro,
hace poco tiempo, en Buenos Aires.
Eran las 15:25, recuerdo).*

El silencio es mirar.

Ver es una alquimia inventada por seres tan antiguos como invisibles.

Mi corazón golpea como pupila.
Vigilante transparencia de lo impenetrable.

Acércate a tu propia batalla
en la infinita luz llamada sombra
o caballo
o túnel.

¿Mirar es ver?

¿Cielo es vuelo de sol

o luna detenida o nube no encontrada?

¿Encumbramiento es vuelo?

Un cielo que no vuela o un vuelo sin alas.

Lo visible es el comienzo de la locura.

Antes del fuego y el tiempo,
el fuego y el tiempo eran animales.

Solo me quedaré con mis ojos,
dormido o muerto.

Dejaré todo lo visible en el bien.
¿Y para qué los ojos?

En la escena de este diálogo, a orillas de la playa,
piensa y deja de pensar en la máscara
negra, blanca o azul.

Cuando se abra el telón rojo e invisible
respira profundo.

Recuerda que máscara en latín significa «persona».

No dudes de la realidad.

Tu papel es el del T.S. Eliot.

Heráclito: *Debemos seguir lo común.*

T.S. Eliot: *Yo he visto piedras y fuentes en el jabón de los hoteles
más humildes de Irlanda.*

Heráclito (con un gesto como tratando de comprender
el rumor de las olas): *¿Crees ser sabio?*

T.S. Eliot: *No le tengo miedo a la razón.*

Heráclito: *La razón es lo más común de la vida.*

T.S. Eliot (mira al público): *Ja. Cualquier presocrático
tiene fantasías.*

Heráclito: *Las fantasías, como todas las cosas, son humo. Yo solo
tengo una buena nariz.*

T.S. Eliot: (bebe, palabra a palabra, su cuarta cerveza mallarmeana):
*¿Y cuándo estás solo en medio de la noche y despiertas sudado
y horriblemente sobresaltado?*

Heráclito: *Entonces el sol será nuevo cada día.*

¿Recuerdas los sonidos que hacen las nubes?
Mira. Recuerda. Empezará a llover sobre el olor a tierra.

El destino del vacío es convertirse en quemadura.

¿Un relámpago es un objeto que cae?
¿En el mar la noche es de agua?
¿La superficie de las cosas pone huevos en otra dimensión?
¿Será lo no vivido lo que me mantiene despierto?
¿Al dormir te reduces, desapareces?
¿La locura será el pasado?
¿El pasado viene, pasa, regresa?
¿El desierto es un ángel desnudo de caballos?

¿Si hago las paces con el sol
las pausas de la tierra dejarán de perseguirme?

El sexo no ha sido valorado, dice la terapeuta
con su vestido de rombos agrupados.

Es imposible otra palabra.

Es por eso que la realidad siempre hace ese ruido:
Un rumor ansioso y sin amantes.

¿Y para qué el sueño con los ojos cerrados?

Prefiero bañarme en el destino

de mis ojos abiertos

conocedores y soñadores

y los colores

flotando

como un río

pintando

el paseo

de los seres

impredecibles

bailando

y saltando

los muros

de las casas

con jardines.

Escucha como abren los ojos
y el silencio desaparece
en las palabras iluminadas
por la retórica sagrada y local.

¿Por qué las semanas no tienen nombres?

Disfraz.

Cartografía.

Pasadizo.

Sextina.

Mira cómo cierras los ojos; esa es tu espera.

Los maestros de la intemperie dicen que antes de la vida y la piel,
nada mimetizaba nada.

Todo era un saludo a la bandera del sol.

Solo el cabello, las uñas y la soledad del polvo,
aquí y en otros mundos,
se unían, se alimentaban, crecían
y nos hacían más humanos.

Antes de ser hombre, vocal, palabra,
lejanía,
el átomo tarareaba una canción de cuna
y el universo se quedaba dormido.

Escucha soledad
y responde.
¿Dios es la única cortesía?

Me conozco: soy la locura que me separa del otro.

Érase una vez la palabra
como quien mira el vacío
y adentro todo tiene su nombre.

Catorce mil años después de la invención de las palabras, los pájaros todavía no hablan.

Soñar es ver hasta que se detenga el tiempo.

El blanco es una playa
y los bueyes
heridos
juegan con las olas.

Todo está concebido en mí,
se detiene la piel
y el cuerpo pasa.

Si cae la noche detén tu mirada,
está desprendido el cielo.

Hay algo más ignorado que Dios: las palabras.

Vocales, colores de piedra.

La ortografía es el silencio que ha inventado el hombre,
allí está,
como sea,
es la limitada certeza de sentirse vivo
y el resto:
hablar con la gente.
¿Y Dios?
¿Preguntas por Dios?
Dios es la parcialidad de los ojos.

En la ciudad donde nací, los niños juegan a las escondidas hasta la 2 de la madrugada y el fruto de los arbustos en los estacionamientos cae y es aplastado por un Malibú Classic, Special Edition, beige, marrón, 1982.

Los baldíos son aplastados por el sol de la construcción.

Los edificios del centro están abandonados como el Observatorio de Pájaros en la montaña Henri Pitier.

Es un abandono con la misma tendencia cromática de la ceniza bajo la lluvia.

En las calles, la muy conocida escala de grises, intensa y oscilante, que va del pardo de los nidos de las cacaitas (*Zenaida macroura turturilla*), traspasados por el tendido eléctrico importado de Londres, hasta la densidad calmosa del turquesa pálido en Calicanto o el *Crescentia Cujete* del cian, en la avenida Las Delicias (las taparas de Sabana de Paja).

En el edificio donde vivo, el suicida del piso 14, meditabundo, ovíparo, sabe que la altura de los edificios picotea la caída. Sebastián se suicidó un jueves. Los colores de la ambulancia y la sirena apagada daban vuelta por toda la oscuridad de la sala.

Esa mañana, temprano como nunca, temprano, hice el amor con una vieja enfermera del Hospital Central de Maracay.

A orillas de la cama, mientras nos desnudábamos bajo el techo que nos duplicaba, ella, que la noche anterior curaba mis heridas con yodo y solución salina, me dijo, al oído, con la punta de su lengua fría, inquisidora como una caricia adolescente: «Los espejos de hotel están arañados por las uñitas de fetos enfrascados».

Imagina una noria en un cementerio.
Eso es olvido.

La realidad, mejor conocida como *todas las imágenes del amor*, es eso, un pasado de azar y de bronce. Un instante emparentado con los hombres, las palabras y la ironía.

Una mirada escénica, milagrosa, dúctil, nerviosa, como el día y la noche impuestos por el cielo y la tierra. La realidad también tiene algo de tormenta eléctrica. Ya esto es un problema para los jardineros.

La realidad es que solo existe un silencio, y ese silencio nos persigue hasta que aprendemos a persuadir y amar.

Es el sonido que hacen los pasos y los charcos plateados de la infancia.

Luego viene el tiempo presente.

—Mira cómo voltea esa mujer a verte—.

Todo futuro termina en una cama.

También hablo de la muerte.

La imaginación y el tiempo presente,
súbitos y opuestos,
como el bien y el mal.

ÍNDICE

- 7 Escribo
- 8 Superstición
- 10 El oído fantasma
- 11 El tambor hecho con mis manos
- 12 Sobre la vida
- 13 Los saltos del tiempo
- 17 Corrupto
- 18 Rutina
- 20 Sombroso
- 21 Cristal y níquel
- 24 La mirada de la madre
- 25 Hambre
- 26 Chévere
- 29 Gangrena
- 30 El chiste
- 31 Aplausos
- 32 La profanación de la tumba de Rómulo Gallegos
- 34 El tesoro y la tierra baldía
- 36 Otro futuro

LA MIRADA, OTRO PASADO

- 41 El silencio es mirar
- 42 Mi corazón golpea como pupila
- 43 Acércate a tu propia batalla
- 44 ¿Mirar es ver?
- 45 Antes del fuego y el tiempo
- 46 Solo me quedaré con mis ojos
- 47 En la escena de tu diálogo
- 58 ¿Recuerdas los sonidos que hacen las nubes?
- 49 El destino del vacío
- 50 ¿Un relámpago es un objeto que cae?
- 51 Si hago las paces con el sol
- 52 El sexo no ha sido valorado
- 53 ¿Y para qué el sueño con los ojos cerrados?
- 54 Escucha como abren los ojos
- 55 ¿Por qué las semanas no tienen nombres?

- 56 Mira como cierras los ojos
- 57 Los maestros de la intemperie
- 58 Antes de ser hombre
- 59 Escucha soledad
- 60 Me conozco
- 61 Érase una vez la palabra
- 62 Catorce mil años después
- 63 Soñar es ver
- 64 El blanco es una playa
- 65 Todo está concebido en mí,
- 66 Si cae la noche detén tu mirada
- 67 Hay algo más ignorado que Dios
- 68 Vocales, colores de piedra
- 69 La ortografía es el silencio
- 70 En la ciudad donde nací
- 71 Imagina una noria
- 72 La realidad
- 73 La imaginación

Rubén Darío Carrero

Maracay, Venezuela, 1987

Abogado egresado de la Universidad de Carabobo, profesor e investigador de la Universidad Central de Venezuela. Sus artículos, ensayos y crónicas han sido publicados en diversas revistas literarias dentro y fuera de su país. Sus poemas han sido traducidos al inglés, alemán e italiano. Mantiene un blog, *Crónicas maracayeras*, (www.rubendariocarrero.blogspot.com), que actualiza periódicamente con textos y fotografías. *Otro futuro o nada* es su primer poemario.

TÍTULOS PUBLICADOS

Poesía

COLECCIÓN *Voz Aislada*

El ciervo/Yolanda Pantin
Ojiva/Néstor Mendoza
Piedra a piedra/Hernán Vargascarreño
Manos/Edda Armas
Umbrales donde apenas llega la luz /Rafael-José Díaz
Alambique/María Teresa Ogliastri
Monólogo de Jonás/Rómulo Bustos Aguirre
Anábasis/Adalber Salas Hernández
Primero inventaré el bosque/Ela Cuavas
Ruido de clavículas/Jacqueline Goldberg
Estadios/Juan G. Ramírez
Mecánica/Víctor Manuel Pinto
Desavenencias/Diego Alejandro Díaz
Este no es tiempo de fervor/Sebastián Barbosa Montenegro
Tema de miseria/Tibisay Vargas Rojas
Escozor/Bibiana Collado Cabrera
Casa giratoria/Henry Alexander Gómez
Desmesura/Víctor Rivera
Agonía de los días terrestres/Ricardo Montiel
Litorales/Jorge Iván Jaramillo Hincapié
Todo se está quemando bajo la lluvia/Charol Gualteros
(Silencio en flor)/Ana María Enciso Noguera
Textos por fuera/Eleonora Requena
sed plural/William Jiménez
Transparencia/Paula Altafulla Dorado
Miel negra/Franklin Hurtado
Supernova/Leonardo Alezones Lau
las conductas discretas/ María Antonieta Flores
Otro futuro o nada/Rubén Darío Carrero

Como si fuese posible rastrear los hábitos de lectura y los hábitos de un hombre, con ese propósito me acerco a *Otro futuro o nada*. Su autor, Rubén Darío Carrero, en un ejercicio de reescritura que, me consta, se extiende por más de diez años, ha llevado este libro de archivo en archivo, mostrando cada tanto los avances o las versiones de un mismo impulso. Rubén ha acumulado experiencias leídas, que se confrontan con viajes forzosos a Buenos Aires o Santiago de Chile. Realmente estos y otros espacios ya eran habituales en su escritura, zonas suficientemente frecuentadas en la intimidad de la casa y del subrayado. Carrero propone en *Otro futuro o nada* una estética de la individualidad, es decir, la visión de un lector y poeta que cuestiona, disfruta e ironiza, como una manera de interacción con lo que él asume como realidad. Rubén habla desde el verso libre, la prosa, desde la brevedad de una línea aforística. Si algo otorga la paciencia y la *duda creativa*, y en Rubén resulta evidente, es la cualidad de tener claro desde dónde se escribe, desde qué lugar podría *fundarse* una escritura. Rubén, en este aspecto, se mueve desde la ciudad y las dimensiones de lo cotidiano: su habitación, su cuarto de estudio, la biblioteca, los bares y las plazas y alguna que otra pizzería, por citar algunos entornos («Siempre dicen lo mismo: Un hombre sin rutina no tiene destino», nos dice). Esto le ha permitido tender un espacio sensorial, que logra matizar en sus poemas. Rubén mira y oye, especialmente. Se nota un diálogo con otros poetas, mediante citas y menciones. Si detallamos los tiempos que interactúan en este libro, se verá al niño, al adolescente y al hombre que parece retornar a una ciudad cada vez más hostil, pero que termina siendo urgente y necesaria. Una poesía que, aunque exija que decidamos entre una cosa u otra, entre un *futuro o nada* (con esa *o* disyuntiva), no deja de mostrar una opción para la esperanza.

NÉSTOR MENDOZA

COLECCIÓN *Voz Aislada*